

Capítulo 27: El Evangelio a Todo el Mundo.-

Cuando el alto clamor es dado al mundo, el llamado de Dios a los habitantes de la tierra estará completo.

“Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin”. **Mat. 24:14.**

Esta declaración no es condicional, porque no posee la preposición *si*. Dios ha prometido que Su mensaje a la humanidad debe ser predicado en todo el mundo, y esto va a preceder la segunda venida de Cristo. Muchos creyentes miran los billones de habitantes de este mundo, y se preguntan si esa tarea puede ser llevada a cabo. Pero, cuando Dios le informó a Juan del último gran mensaje a ser dado a los pecadores, Él declaró que el evangelio eterno *sería* predicado “a los habitantes de la tierra, y a cada nación, tribu, lengua y pueblo”. Apoc. 14:6.

Aquí se vio la ilimitada predicación del evangelio eterno. Ningún hombre, mujer o niño en nuestro planeta va a dejar de oír el último mensaje de amor de Dios.

La comisión final de Cristo a Sus discípulos le hizo eco al mismo mandato.

“Por tanto, id y haced discípulos en todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. **Mat. 28:19.**

Cuando Jesús profetizó concerniente a la predicación del evangelio a todo el mundo, Él estaba respondiendo a dos preguntas de Sus discípulos.

“Cuando Jesús se sentó en el monte de los Olivos, se acercaron a él los discípulos aparte, y le preguntaron: ‘Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo?’”. **Mat. 24:3.**

Cristo estaba colocando las condiciones necesarias para ser promulgadas, no solo antes de Su segunda venida, sino que también antes de la destrucción de la ciudad de Jerusalén, la cual ocurrió en el año 70 d.C. Retrospectivamente, podemos percibir, de una manera que los discípulos no pudieron hacerlo, esa porción de la profecía que se aplicó a sus días, tal como la caída de Jerusalén; otras profecías que se referían solo a la segunda venida de Cristo; y el tercer grupo, que se refería a ambos eventos.

Claramente, el consejo “entonces los que estén en Judea, huyan a los montes” (Mat. 24:16), se aplica a la caída de Jerusalén. Tiene una especificidad local a Jerusalén; por otro lado, la profecía nos informa que “después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, y los poderes de los cielos serán sacudidos” (Mat. 24:29), se refiere al tiempo del fin, el tiempo anterior al retorno de Cristo. La historia atesta totalmente estas señales.

Como la profecía de Apoc. 14:6, es una cita de Mat. 24:14, fue escrita aproximadamente dos décadas después de la destrucción de Jerusalén, está claro que esta profecía, que describe el evangelio eterno siendo llevado a toda persona en la tierra, se refiere a los últimos días. Este hecho es enfatizado por todo el contexto de los mensajes de los tres ángeles. ¿Pero era esta la única aplicación de esta profecía? ¿O esta profecía tenía una doble aplicación, refiriéndose al periodo anterior a la caída de Jerusalén, y también al tiempo anterior a la segunda venida de Cristo?

La ciudad de Colosas estaba situada en el área central de lo que ahora es Turquía. En la era apostólica, esta ciudad estaba en la provincia Romana de Asia. A pesar de una epístola Paulina a los creyentes de esa ciudad, solo es citada una vez en las Escrituras, y es en la introducción de la epístola.

“A los hermanos santos y fieles en Cristo que están en Colosas...”. **Col. 1:2.**

La Palabra de Dios, excepto por la carta de Pablo, no arroja luz sobre la ciudad a este grupo de piosos creyentes. Pero en esta epístola, que fue escrita en Roma justo un par de años antes de la caída de Jerusalén, se encuentra una de las más asombrosas afirmaciones de toda la Biblia. Esta declaración es presentada entre paréntesis; pero es sellada como siendo la verdad de Dios en el canon de las Escrituras. Examine este asombroso versículo de la Inspiración:

“Si permanecéis fundados y firmes en la fe, sin moveros de la esperanza del evangelio. Este es el evangelio que habéis oído, *que es predicado a toda criatura que está debajo del cielo*, del cual yo, Pablo, fui hecho ministro”. **Col. 1:23**. Énfasis suplido.

Aquí encontramos a Pablo, escribiendo justo antes de la destrucción de Jerusalén por los ejércitos Romanos, haciendo la fantástica afirmación que cada criatura bajo el cielo había escuchado el evangelio, en el tiempo en que él escribió esto. Algunos han interpretado la declaración de Pablo como refiriéndose al mundo entonces conocido. Aun la tarea de llevar la verdad que Jesús había pagado la penalidad por nuestros pecados a todos los habitantes de África del Norte, Europa y gran parte de Asia, habría sido algo monumental. Pero la declaración de Pablo va aun más allá de esto. Él afirma que el evangelio había sido enviado a toda persona debajo del cielo. Las Escrituras testifican que esta fue la primera tarea que les fue dada al primer siglo de cristianos, a través de Cristo, en Sus últimas palabras a Sus discípulos antes de Su ascensión.

“Pero recibiréis el poder, cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, *y hasta lo último de la tierra*”. **Hechos 1:8**. Énfasis suplido.

Las palabras de Jesús no dejan la impresión que este testimonio fue meramente una actividad opcional. Él prometió enfáticamente que estas personas llevarían Su mensaje hasta el fin de la tierra.

Muchos dudan que la diseminación del mensaje haya podido ser tan extensa. Ese pensamiento desecha más de un milenio de gran ignorancia y de disminución de conocimiento, durante lo que se ha conocido apropiadamente como la Edad Media [o Edad Oscura]. Hay una clara evidencia que los Europeos habían descubierto las rutas del mar hacia América antes del tiempo de Cristo. Evidencias de inscripciones Celtas del periodo anterior a Cristo, habían sido descubiertas en el Nuevo Mundo⁷⁹.

En un tiempo, los Celtas dominaron una vasta área de la parte central y norte de Europa. Los Gálatas de los días de Pablo eran de la raza Celta. Hoy, desde luego, esta orgullosa raza de Europeos está confinada en Irlanda, Escocia, Gales y Cornwall en las Islas Británicas, y en Britania en Francia. Las rutas del mar hacia América fueron bien conocidas mucho antes del viaje de Colón o aun los viajes de los Vikingos durante los siglos X y XI de nuestra era. Si los Maoris pudieron atravesar miles de kilómetros del Océano Pacífico, cuando aun no había sido cartografiado, en botes abiertos desde la Polinesia hasta descubrir Nueva Zelanda en el siglo XIV, navegantes más sofisticados deben haber tenido menos dificultades. Thor Heyerdahl (el gran navegador Escandinavo que demostró la viabilidad de varias rutas oceánicas) ha sugerido que las mayores rutas oceánicas del mundo eran bien conocidas y normalmente usadas antes del tiempo de Cristo.

Menospreciando la pérdida de todo un cuerpo de conocimiento por parte de los Europeos, cuando se sumergieron en una larga era de apostasía doctrinaria, muchos han tendido a limitar los logros de hombres y mujeres de los tiempos pre-cristianos. El mundo contiene muchas tribus que han perdido el conocimiento del mundo externo, a pesar que sus ancestrales tenían un buen conocimiento de él. Los antepasados de estas tribus originalmente deben haber atravesado largas distancias desde el Medio Oriente; a pesar de esto, unas pocas tribus de Nueva Guinea, por ejemplo, creían que el pequeño valle en el

⁷⁹ Thomas Fleming, “¿Quién en Realidad Descubrió América?”, Readers Digest, Febrero de 1977, páginas 69-73-

cual vivían, era todo el mundo. No se aventuraron hasta el tope de las montañas más altas, porque creían que eran la morada de los espíritus. El cielo era interpretado como siendo la bóveda sobre su mundo. Había tribus aborígenes en Australia, que habían perdido el conocimiento de la relación sexual con el nacimiento de los niños. Consecuentemente, no debemos juzgar el conocimiento del mundo (con las personas iluminadas de las eras Griega y Romana) con la abismante ignorancia de los Europeos del siglo XIV.

La pregunta ahora surge por sí sola: ¿Cómo pudieron estos primeros cristianos, pocos en número, la mayoría no educados, con pocos medios, y sin técnicas modernas de comunicación, llevar a cabo esa gigantesca obra en apenas tres décadas?

Lucas nos da una pista acerca del día de Pentecostés.

“Residían entonces en Jerusalén judíos piadosos, venidos de todas las naciones bajo el cielo”. **Hechos 2:5.**

Los representantes de los Judíos, a quienes Dios había diseminado por todo el mundo, estaban presentes en esas grandes pascuas, para testimoniar que la gran salvación de Dios prometida en la muerte expiatoria de Jesús, se había cumplido totalmente. Estos eran hombres y mujeres devotos, que permanecieron en Jerusalén hasta el Pentecostés. Ellos indudablemente formaron la fuerza tarea básica, que diseminó las alegres nuevas de la muerte expiatoria de Cristo a todo el mundo. Está confirmado históricamente que el mensaje cristiano fue hasta la India y China en el primer siglo de la era cristiana⁸⁰. Los Judíos tenían colonias en esos países durante muchos años.

Sin embargo, la verdadera pista para el éxito de esta tarea, aparentemente imposible en un periodo tan corto de tiempo, se encuentra en la promesa de Cristo a Sus hijos.

“Pero recibiréis el poder, cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo”. **Hechos 1:8.**

Lucas testificó que la promesa de Jesús se cumplió.

“Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía que hablasen”. **Hechos 2:4.**

Estos hombres y mujeres se habían acercado tanto a su Señor, que estaban totalmente llenos con Su Espíritu. Esas personas reflejaban totalmente el carácter de Cristo.

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes en el mismo lugar”. **Hechos 2:1.**

Solo esa unidad prepara al hombre para el Espíritu Santo, y Pedro no fue lento en declarar que esos seguidores de Jesús estaban cumpliendo la profecía específica de Joel 2. Fue debido a que estos cristianos, del primer siglo de la era cristiana, estaban viviendo vidas en armonía con la ley de Dios, a través del Espíritu que habitaba en ellos, que fueron capaces, en un periodo muy breve de treinta años, de completar la tarea que Dios les había dado.

La profecía de Joel suena claramente en nuestros oídos hoy; incuestionablemente tiene que cumplirse nuevamente en nuestros días, porque esta profecía está indudablemente asociada con las últimas señales.

⁸⁰ “En cuanto a los viajes hacia el Sur y el martirio [del discípulo Tomás] en Mylapur, el acuerdo de la tradición del Sur de la India con la Iglesia de Édesa, le presta un alto grado de credibilidad a la afirmación que Santo Tomás predicó en el Sur de la India, sufrió el martirio allí, y allí fue enterrado”. Enciclopedia Británica, Edición de 1963, Volumen 22, página 144.

“El sol se volverá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso del Eterno”. **Joel 2:31**.

Hoy, los cristianos pueden afirmar la siguiente promesa:

“Después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne. Vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros ancianos tendrán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones”. **Joel 2:28**.

Cuando el pueblo de Dios haga de esta promesa la verdadera estructura de sus vidas, la tarea que Dios les ha dado, será rápidamente completada.

“Porque el Señor ejecutará su palabra sobre la tierra, cabalmente y con prontitud”. **Rom. 9:28**.

Esta obra está preservada para el pueblo remanente de Dios.

“Y todo el que invoque el nombre del Señor será salvo. Porque en el monte Sión y en Jerusalén habrá salvación, como el Señor ha prometido, y entre los sobrevivientes a quienes él llame”. **Joel 2:32**.

Este pueblo remanente estará caracterizado por su obediencia a la ley de Dios. Habrán obtenido la victoria sobre el pecado bajo el poder del Espíritu Santo que habita en ellos. Cristo, en el santuario, habrá mediado a su favor, y los habrá purificado de toda injusticia.

“El remanente de Israel no cometerá injusticia, ni dirá mentira, ni en su boca se hallará lengua engañosa. Serán apacentados y dormirán, y no habrá quien lo atemorice”. **Sof. 3:13**.

“Entonces el dragón se airó contra la mujer, y fue a combatir al resto de sus hijos, los que guardan los Mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús”. **Apoc. 12:17**.

El profeta Isaías, describe al remanente de Dios como santo, habiendo sido totalmente purificados en el juicio.

“El que quede en Sión, y el que sea dejado en Jerusalén, será llamado santo; todos los que en Jerusalén estén inscritos entre los vivientes. El Señor lavará la inmundicia de las hijas de Sión y limpiará la sangre de Jerusalén, con espíritu de juicio y espíritu de fuego... Habrá un abrigo para sombra contra el calor del día, para refugio y escondedero contra el turbión y el aguacero”. **Isa. 4:3-4, 6**.

Isaías aquí profetiza del pueblo remanente de Dios, los que quedan en Sión y que permanecen en Jerusalén. Este pueblo remanente será purificado de todo pecado. Sus ropas serán lavadas porque han sido purgados en el juicio. Su protección será Cristo, el Sumo Sacerdote, ministrando en el templo celestial. Es este remanente el que va a terminar la obra de Dios.

El evangelio eterno será dado a todo hombre, mujer y niño de esta tierra. Si vamos a tener alguna participación en esa proclamación, va a depender de nuestro relacionamiento con Dios. Si hemos confesado y abandonado nuestros pecados; si somos llenados con el Espíritu Santo y reflejamos el carácter de Jesús; entonces, al igual que los primeros cristianos, haremos lo imposible. Si negamos el poder purificador; si fallamos en apreciar el poder del mensaje del santuario; entonces Dios va a usar a otros para este testimonio tan significativo para el mundo. No hay duda que esta obra va a ser realizada. Si somos llamados por Dios para participar en advertir al mundo de pecado y del juicio venidero, depende de nuestro relacionamiento con Dios. Una cosa es cierta: solamente los cristianos que creen en el san-

tuario estarán calificados para proclamar el mensaje de los tres ángeles. Solamente ellos pueden predicar con convicción que “la hora de su juicio ha llegado”. Apoc. 14:7.

Hoy, como nunca antes, los hijos de Dios debieran estar afligiendo sus almas, tratando de emular el carácter de Cristo, y suplicando para que el Espíritu Santo habite en ellos con el poder de la lluvia tardía; entonces, y solo entonces, el evangelio eterno será llevado a todo el mundo, y la bendita esperanza del retorno de Cristo se convertirá en una realidad. Solamente a un pueblo que refleje el amor, la misericordia y la pureza de Dios, se le puede confiar el dar un mensaje así. Solo un pueblo así, va a estar preparado cuando el espíritu de Dios finalmente cese de suplicarle a la humanidad.